

si completamente todo el colegio de cardenales: cincuenta y tres fueron creados por él, y de éstos, veintidos murieron antes que Su Santidad. Erigió cuarenta nuevas iglesias en las cinco partes del mundo, preparó la elección de otras muchas, dió á la Inglaterra cuatro nuevos vicarios apostólicos é imprimió á la propagación de la fé un nuevo impulso. Conservó sobre el trono la simplicidad de un religioso: no tenia mas cama que un jergon de paja, lo mismo en el monasterio de San Gregorio como en el Vaticano. "Quiero morir, decia, como monje, y no como soberano." Así en efecto murió con edificación de toda la corte romana.

Considerado bajo el punto de vista religioso, el pontificado de Gregorio XVI ha sido uno de los mas gloriosos para la Iglesia. Los numerosos misioneros que en diversas direcciones recorren el mundo pagano, difundiendo el gérmen salvador de una nueva vida; las islas del mar Pacifico renunciando á sus costumbres bárbaras y antisociales, para adoptar la ley de paz y la moral regeneradora del Evangelio; las esclarecidas victorias que los valientes guerreros del crucificado han obtenido en el Oriente y en el Occidente, en el Norte y en el Mediodia; y sobre todo, los progresos, bajo todos aspectos prodigiosos que ha hecho la religion católica en los Estados Unidos, son otras tantas é inconcusas pruebas de que nada exageramos cuando colocamos á Gregorio XVI al lado de los Pontífices que mas han ilustrado la cátedra de San Pedro. La república de Méjico se mostraba eternamente agradecida al señaladísimo beneficio con que la distinguió Gregorio XVI. Despues de los gloriosos dias de nuestra independencia, la Iglesia mejicana quedó en la mas triste viudez. Las sillas episcopales, privadas de sus prelados, dirigian al Eterno Sacerdote las súplicas para que les diese pastores segun su corazon; el cielo interesado en sostener en nuestro suelo la religion que él mismo nos habia evangelizado, oya propicio nuestros ruegos; y Méjico tuvo la grata satisfaccion de que Gregorio XVI proveyera nuestras diócesis vacantes. Gregorio XVI fué tambien el protector de las ciencias y de las artes. Las inmensas y costosas reparaciones que se han hecho durante su pontificado en el Museo del Vaticano, en el palacio de Letran, en la Escuela de bellas artes, y en la academia pontificia de San Lúcas: los grandiosos edificios y magnificos monumentos que se han erigido en Roma desde el año 1830; el *túnel* construido en la montaña de Tivoli, para dar una nueva direccion á las aguas del rio Anio.... serán un perpetuo testimonio de la magnificencia de Gregorio XVI, y la posteridad mas remota reconocerá en él la justicia del siglo XIX que lo aclamó Mecenas de las ciencias y de las artes. En una palabra, fué piadoso, sábio, misericordioso y liberal, defensor celoso de los derechos de la Iglesia, un Pontífice lleno de fé, que gobernó la Iglesia quince años y tres meses con la caridad de un apóstol, y el Estado con el corazon de un padre.

No permaneció mucho tiempo vacante la silla apostólica. El 16 de Junio la ocupó el cardenal Juan Maria Mastai Ferretti, con el nombre de Pio IX. El nuevo Papa nació en Sinigaglia el 13 de Marzo de 1792, de una familia distinguida, la que cuidó de que recibiera una educacion fina y esmerada y correspondiente á su clase. A los once años entró en el colegio de las escuelas pías de Volterra, donde se distinguió por los progresos que en seis años hizo en la literatura, en la física y matemáticas, y por la sagacidad y juicios superiores á su edad, y un carácter resuelto y decidido, con el que difícilmente cambiaba de parecer cuando creia tener razon. Estas prendas que lo hicieron amar y respetar desde niño por sus condiscípulos, manifestaban tambien que habia sido destinado por la Providencia para cosas grandes. A los diez y nueve años abrazó la carrera militar, en uno de los regimientos que con el título de guardias de honor, habia mandado levantar el emperador Napoleon en todos los departamentos de Francia, Alemania é Italia; y despues de la caída del imperio, solicitó ser admitido entre los guardias de corps del Papa. Pero la enfermedad epiléptica de que estaba atacado desde su infancia impidió su entrada; y desvanecidas así sus esperanzas de volver á la vida marcial, se decidió á emprender otra en que fuera útil á la religion y á su patria. Mastai renunció al mundo, y despues de maduras reflexiones determinó entrar en el estado eclesiástico, á cuyo efecto pasados tres años de estudiar teologia, recibió los sagrados órdenes, celebrando su primera misa el dia de pascua de 1819. Desde mucho antes, movido de su ardiente caridad, frecuentaba el hospital llamado de *Tata-Giovanni*, que es un hospital de huérfanos en Roma, ocupándose de dar allí á los niños lecciones de lectura, escritura, cálculo y geometria. Poco antes de recibir el sacerdocio fué nombrado por Pio VII director de ese establecimiento; y en 28 de Marzo de 1823, canónigo supernumerario de la Iglesia de Santa Maria *in lata*. En 1823, el gobierno pontifical, resolvió enviar á Chile, en la América meridional, un vicario apostólico para la solucion de las cuestiones relativas al clero de aquellos paises. Las posiciones españolas de América, habian proclamado su independencia; ninguna nacion las habia aun reconocido: la mision era, pues, delicada, arriesgada, difícil. Encargóse de ella Monseñor Muzi arzobispo *in partibus* de Philippe, vicario apostólico de Chile, Perú, Méjico, Colombia y todos los paises de América, que acababan de sacudir el yugo de la metrópoli española. El jóven abate Mastai, fue agregado á esta legacion en calidad de auditor con el abate Sallusti, que debia llenar las funciones de secretario y cronista. Muchas tribulaciones padeció esta nunciatura hasta llegar á su destino. Ademas de las tempestades que padecieron el nuncio y su secretario, durante su larga navegacion, se vieron presos de órden del gobierno español en las islas Baleares, fueron asaltados por pira-

tas, y en el desempeño de su misión no dejaron de sufrir fuertes contradicciones. Vuelto á Roma Mastai, en 1825, fué nombrado presidente del hospital de San Miguel en Rippa-Grande, que administró con increíble prudencia y economía. En 1827, Leon XII lo elevó al arzobispado de Spoleto, el que rigió por cinco años, manteniendo la tranquilidad en su diócesis, y sirviendo á la par de escudo á la ciudad, contra los revolucionarios, y de abrigo también á muchos contra injustos perseguidores. En 1832, fué trasladado al obispado de Imola, y en 1840, proclamado por Gregorio XVI, cardenal del título de San Pedro y San Marcelino. Esta dignidad solo le sirvió para facilitarle mas recursos á favor de los pobres y desvalidos de su diócesis. Hizo en ella varias fundaciones no menos útiles á la humanidad que á las buenas costumbres. Al mismo tiempo que ponía á las piadosas hijas de San Vicente de Paul á la cabeza de los establecimientos de caridad de Imola, levantaba casas de refugio para las mugeres arrepentidas, y para aquellas cuya virtud pudiera correr peligros en el mundo. No menos se extendian sus cuidados á la instruccion y santificación de su clero. Todos los años él mismo les daba ejercicios en una casa establecida en el Piratello. Esta fué la última ocupacion del cardenal Ferretti en su obispado. Un correo habia llegado á Imola el 6 de Junio de 1846; el obispo no se hallaba en su palacio, sino en el retiro exhortando á su clero; su mayordomo le entregó los despachos, en que le participaban que Gregorio XVI no existia ya. Mastai sale de Imola, á cuya Iglesia no debia volver jamas. Llega á Roma el 14, entra el 15 en el cónclave, y el 16 es proclamado Pastor de todas las Iglesias del mundo católico, y ciñe la triple corona de Padre de los fieles, guia de los reyes sobre la tierra, y vicario de Jesucristo.

Grande fué la sorpresa del pueblo romano en aquella eleccion que no aguardaba, pues la expectacion pública mas bien se fijaba sobre el cardenal Gizzi, cuya eleccion era generalmente deseada, particularmente por los adictos á las reformas gubernativas, que creian encontrar un firme apoyo, un ardiente cooperador en el dicho cardenal. Así es, que cuando el nuevo Pontífice se presentó al balcón para dar por primera vez la bendicion á su pueblo, algunos pocos pañuelos se agitaron por el viento, algunas voces aplaudieron; pero la mayoría de los concurrentes permaneció en silencio, y sin hacer la menor demostracion de regocijo. Sin embargo, sea el atractivo aspecto de Pio IX, sea la versatilidad del pueblo que con la mayor rapidez pasa de un extremo á otro, ó que el natural candor del nuevo Papa que se pinta en su semblante, hiciera esperar al partido liberal, que hasta entonces habia sido perseguido en Roma, que se prestaria fácilmente á secundar sus ideas; lo cierto es, que tanta frialdad con que el pueblo asistió á la ceremonia de la coronacion y recibió la bendicion del Papa en la plaza de San

Pedro, se convirtió en un delirio frenético de vivas, aplausos y manifestaciones de alegría por las menores acciones de Pio IX, cuales jamas se han visto con ninguno de sus antecesores.

Cuéntase que de vuelta de la ceremonia, Pio IX dijo al entrar en su palacio á los que iban en su compañía: «Los romanos me tratan con dureza. ¡Pacienal yo sabré destruir sus preocupaciones (1).» ¡Ah! la alma generosa y noble de Pio IX se habia inflamado de amor á su pueblo, y desde el momento mismo de su eleccion se propuso hacerlo feliz, creyendo que sabria contenerse en los límites de lo justo, con quien iba con afecto de padre á satisfacer sus pretensiones. Pero se engañó: tenia la simplicidad de la paloma y le faltaba la astucia y la prudencia de la serpiente. Entregóse ciegamente á los tribunos, y muy pronto experimentó su ferocidad y su ingratitude. Preocupado de sus ideas, se propone atraer con la dulzura á los extraviados, resuelve que todas sus medidas sean de amor y de conciliacion, se decide, en fin, á dar gusto, cuanto le sea posible, á los que clamaban por las reformas, y se precipita á esta espinosa senda. Con la conviccion que lo dominaba cierra los oídos á todos los consejos y representaciones; muestra su firmeza para llevarlas al cabo, y no escucha ninguna reflexion en contra. Desde el principio manifiesta que tal era su resolucion: así es, que cuando al proponer la medida de amnistia á favor de de los perseguidos por delitos políticos, durante el pontificado anterior, ve que á pesar de lo mucho que trabajó por inclinár á su parecer á todos los cardenales, la votacion le era contraria, y todas las bolas de la urna aparecen negras; deja á un lado las discusiones, quita de su venerable cabeza el solideo blanco, y colocándolo sobre las bolas negras, les dice con firmeza: *todas son blancas!* (2) Las ideas de la multitud cambiaron en seguida: otra palabra de orden se dá por las sociedades secretas, y el nuevo Pontífice fué colmado de adulaciones crecientes y de protestas entusiastas: todos los partidos se fundieron en uno solo; parecian dichosos con caer á sus pies, y ante ellos formar un holocausto de sacrificios y de amor. El incienso humea por todas partes, y el mundo entero aplaude.

De todos los gobiernos de Europa, el de Roma era en esta época, sin contradiccion, el que mas necesitaba llegar á las útiles mejoras, á las indispensables reformas y sábias libertades: Roma estaba como atras de todos los adelantos de una luminosa civilizacion: Roma antigua, reina de las artes, parecia estar fuera de todo progreso feliz. Los espíritus sensatos se convenian, y Pio IX lo comprendió maravillosamente. Estudiando su siglo y su pueblo, llenos de aire y de luz, piensa que los nuevos alimentos políticos debian ser

(1) Felix Clavé. *Vie et portrait de Pie IX.*

(2) Fabraquer, obra citada arriba, Cap. 4. (1)

ofrecidos segun se fuesen reconociendo las nuevas necesidades; pero los revoltosos estaban alli, y para ensuciarlo todo, para corromperlo todo, las arpias esperaban el festin. La revolucion estaba en su puerta; sus gefes rodeaban al nuevo Pontifice. No debian tardar en apoderarse de sus generosas intenciones y de sus votos bienhechores, no para volverlas en beneficio del pueblo, sino para remover á éste en provecho de su rapacidad; no para servir á la nacion, sino para perder el papado; no para ilustrar la tierra, sino para revolucionar el pais (1).

El primer paso, que como dijimos dió Pio IX, fué el de la amnistía á todos los condenados, sin exigirles mas condicion que la de prometer, bajo palabra de honor, no conspirar contra el gobierno pontificio. En consecuencia, el mismo dia fueron abiertas las prisiones para los reos de esta clase de delitos, y llamados á su patria todos los que estaban en el destierro. Esta medida de clemencia del Papa, por la que quedaba inundada la santa ciudad de hombres perversos, que podian ya conspirar con toda libertad, fué celebrada con los mas estrepitosos regocijos, que se repitieron por muchos dias, y tanto mas, cuanto que Pio IX por complacer á su pueblo se presentaba con la mayor bondad á todas estas manifestaciones públicas, de que llegó á abusarse: vez hubo que obligaran al Papa á presentarse por tres ocasiones en el balcón para recibir su bendicion. Entonces se gritaba con entusiasmo: *Viva el Papa*: los colores pontificios blanco y amarillo, eran los únicos que brillaban por todas las calles y se volvieron de moda: Pio IX no podia salir de su palacio sin recibir públicas ovaciones. Arcos triunfales, lluvias de flores, músicas, himnos, iluminaciones, todo, todo se empleaba para solemnizar la marcha mas insignificante del Pontifice. Pero pronto se vió quienes eran los agentes de aquellas demostraciones. A la bandera pontificia pronto se sustituyeron banderolas con inscripciones revolucionarias; á los clamores de alegría siguieron gritos tumultuosos; ya despues no se gritaba *Viva el Papa*, sino *Viva Pio IX*. Cualquiera medianamente filósofo é instruido en la historia, desde entonces habria augurado el término de aquellas manifestaciones. Con los mismos ardores populares fué saludado Luis XVI en su entrada en Paris... el resultado empero de tanto entusiasmo fué la catástrofe de 93. En una palabra, y para no repetir una misma cosa. En cuantos decretos expidió el Papa, durante todo el tiempo que favoreció las ideas liberales, se le correspondia con aquellas demostraciones públicas, con tanta frecuencia y acompañadas de tales desórdenes, que fué de toda necesidad, aunque tarde, llegar á prohibirlas bajo severas penas... Pero continuemos.

Al decreto de amnistia, siguieron otras reformas, que tambien fue-

(1) La Italia Roja, Cap. 2.

ron recibidas con iguales aclamaciones. Suprimiéronse los antiguos tribunales de la *Auditoria* y del *Capitolio* y se reunieron al tribunal supremo nombrado *Sacra consulta*, anunciándose que una comision especial de juriconsultos hábiles se ocuparia de formar un código de leyes penales en conformidad con las modernas instituciones. Se concedió, aunque con algunas trabas, la libertad de imprenta, y no solo aparecieron diversos periódicos, sino aun los mas infamantes libelos contra las personas y las comunidades religiosas. Tal fué entre otros el del *Jesuita moderno*, en que el abate Gioverti se vengó del ataque que dieron á su libro de filosofia dos jesuitas, convirtiendo su furor á toda la Compañía de Jesus, ya que no le fué posible replicar á las impugnaciones de dos de sus miembros. La libertad de conciencia siguió á la de imprenta. El Papa por sus ideas de tolerancia, derogó los últimos vestigios de la legislacion contra los judíos; y aunque esta providencia pudo ser perjudicial á éstos, los tribunos esparcidos entre el pueblo, especialmente el famoso carretero Cicernacchio, contuvieron su furor, y aun lo hicieron fraternizar con los hebreos en un convite público. Siguióse otra reforma mas importante: el establecimiento de la *Consulta de Estado*, especie de congreso general, que debia nombrarse por ternas de los consejos de las provincias, y que era el prelude de una cámara constitucional que mas tarde se habia necesariamente de convocar. A este decreto sucedió el que ordenaba la organizacion de un consejo de ministros, en que tambien se entreveia la secularizacion posterior del ministerio. Un año habia pasado apenas desde que Pio IX ocupaba el trono de San Pedro, y ya era diverso enteramente el aspecto de Roma del que presentaba á la muerte de su antecesor. Aquellas reformas debieron naturalmente producir los partidos, esa plaga de la sociedad, que debian arrastrar á la Italia á su ruina. Habia, como en todos los paises en que se varian las instituciones, uno compuesto de los que miran con horror todas las innovaciones, al que como en todas partes se le dió el nombre de *asecurantista*, otro titulado *liberal*, de los que por tal cual tintura que tienen de las letras, se creen llamados al difícil cargo de gobernar á los hombres; el *republicano*, en fin, ó *demagogo*, que solo subsiste del desórden y anarquía. Este último partido estaba, como generalmente en todas las naciones, en una notable minoría; pero compuesto, como en todas ellas, de hombres audaces, inmorales y corrompidos, y sobre todo de las mayores simpatías con todos los malvados, ignorantes y ambiciosos, el del mayor peligro en todos los pueblos. Este promovió el último mal que puede venir á una sociedad y es el de la formacion de la llamada milicia nacional, en que grandes masas armadas, sin disciplina, órden ni subordinacion, tienen al frente furiosos tribunos de quienes se dejan conducir ciegamente. Esta guardia nacional se armó por sí misma, y en breve pudieron los facciosos disponer de numerosas

tropas con que reemplazar su poder al del soberano Pontífice. Desde este momento puede decirse que estalló la rebelion en Roma.

Efectivamente, viéndose armados los demagogos, no hubo ya exceso á que no se entregaran, ni freno que los contuviera. Desde luego, con la hipocresia que caracteriza á este partido, comienzan por atribuir á sus adversarios los delitos que ellos mismos meditan y preparan, y so pretexto de la conservacion del órden, la obediencia á las leyes y el respeto á la autoridad, dirigen sus tiros á los que verdaderamente son la salvaguardia de las garantias sociales, y los enemigos de la anarquía y el desórden. Se aproximaba el aniversario de la amnistía, y con tal motivo se habia dispuesto colocar en la plaza del Pópulo la estatua colosal del Pontífice, celebrando esta festividad con tres dias de festejos públicos. Los demagogos, aprovechando la ocasion, hacen correr la voz de que los partidarios del antiguo régimen se disponen á turbar la fiesta, excitando una revolucion, en que apoderándose del Papa, lo conduzcan prisionero á una de las provincias. Se atribuye al gobernador de Roma estar á la cabeza de la conspiracion; se agrega que cuenta con la fuerza de los carabineros; y se señala al cardenal Lambruschini como principal autor de la conjuracion. Aparecen notas en las esquinas con los nombres de los supuestos conjurados, para entregarlos al furor del pueblo; se acusa á algunos de pretender asesinar al jefe de los demagogos Ciceruacchio; se espargen, en fin, los mas absurdos rumores; siendo, lo que parecerá mas extraño al que no conozca el carácter de los modernos revolucionarios, siendo, no pocos de los mismos liberales, denunciados como cómplices en aquella supuesta conjuracion. Por fortuna de tantos inocentes, el padre Ventura, general de los teatinos y hombre muy elocuente, se habia adquirido gran popularidad entre los demagogos, por sus ideas liberales. Este fué el que tranquilizó aquellos furiosos, é impidió los asesinatos que meditaban. La mas grande consternacion reinaba en Roma. El gobierno estaba desorganizado por la renuncia del ministro Gizzi, y todo el poder se hallaba en manos de los demagogos. Noche con noche se cometian mil desórdenes en las calles: la fuerza de línea fraternizaba con la cívica, en medio del tumulto y la embriaguez, ó permanecia en sus cuarteles, dejando el campo libre á aquellos trastornadores públicos: la mayor parte de los que temian por su vida, se habian refugiado, para salvarla, al castillo de Santángelo, constituyéndose prisioneros voluntarios para escapar del puñal del asesino, mientras que el populacho buscaba sediento de sangre á los otros, sin cuidarse de averiguar su culpabilidad, y sin mas crimen que el haber sido designados como traidores por cualquier enemigo particular.

Nuevas turbulencias se presentan en Roma, con motivo de la ocupacion de Ferrara por las tropas austriacas. La milicia cívica se organiza, y su número crece, al grado de que se cree capaz por sí

misma de hacer cuanto quiera; y ella, como el principal apoyo de la revolucion, debia hacer lo que ha hecho en todos los paises. La historia del mundo no habia de quedar desmentida en Roma. Debía de dar al Pontífice-rey las mismas pruebas de gratitud que habia dado á todos los monarcas del mundo. Pio IX habia concedido espontáneamente la amnistía; habia iniciado las reformas; habia permitido la Consulta de Estado; arma la milicia nacional: veremos que la revolucion, cuya sed es inestinguible como la del hidrópico, le demanda despues de la Consulta de Estado, la Constitucion; otorgada la Constitucion, la Constituyente italiana, y cuando se niegue á ella, le hará abandonar la ciudad eterna.

La revolucion asomaba por todos los Estados Pontificios: decimos mal, por toda la Italia. En todas sus provincias y reinos la creacion de los mismos partidos, habia producido el mismo choque de las opiniones; habia hecho nacer nuevos intereses y puesto en campaña personajes de la misma clase que en Roma. Las llamas revolucionarias, dirigiéndose del centro á la circunferencia, y de la circunferencia al centro, todo lo incendiaban y lo reducian á cenizas. Los furiosos tribunales de todos estados y condiciones, recorrian las diversas provincias y ducados; y los Giovertis, Mamianis, Oriolis, Sterbinis, Garibaldis, Mazzinis y Ciceruacchios, ó recorriendolos alternativamente, ó en cada uno de ellos victoreando siempre á Pio IX y á la libertad, á Leopoldo II, á Luis Borbon y demas autoridades, conspiraban en su caída, afectando solo pretender la reforma ó la mitigacion de su poder, intentando persuadir que el elemento popular que era su divisa, debia ser el principio de estrechar mas la union; de dar mayor respetabilidad al gobierno, y formar la felicidad del pueblo. Ferrara, Luca, Pisa, Florencia, Liorna, Módena, Parma, Turin y Milan, presentan tambien síntomas marcados de inquietud. La Toscana, el Piemonte, Venecia, la Sicilia: en una palabra, la Italia entera se commueve: por toda ella ruga la revolucion. En vez de ponerse un dique, no parece sino que se trata de soplar el fuego mas y mas. En Roma se fija un motu proprio para el establecimiento del municipio romano, que algunos meses antes se habia encargado á una comision. El Pontífice quiere dar á Roma, como dice en el preámbulo de su decreto, el esplendor antiguo de su representacion comunal, creando un consejo y un senado, que deliberen y ejecuten todas las resoluciones en los diversos ramos de la administracion municipal. Este decreto, que ponía los intereses materiales de Roma en manos de sus principales ciudadanos, excita la alegría y el entusiasmo del pueblo, que como de costumbre, se transporta en masa al Quirinal, recibe la bendicion del Pontífice, y recorre dando alegres vitas la ciudad; espontáneamente iluminada. Al otro dia se repiten iguales demostraciones por la mañana y por la noche. Es necesario advertir, que aunque se habian prohibido estas manifestaciones, jamas se obedeció la circular que

las prohibía, y que ellas siguieron con furor aun por los motivos más insignificantes. Entre tanto continuaban las fraternizaciones entre la tropa de línea y la guardia cívica, los desórdenes de la prensa, que seguía excitando y manteniendo cada vez más viva y fuerte la agitación en los ánimos, y sobre todo la organización y multiplicación de las sociedades secretas, que debían al cabo completar la empresa de la disolución social.

Al establecimiento del municipio, se siguió muy en breve la instalación de la Consulta de Estado, y sobre todo, la formación de las ligas aduanera é italiana, que debía, en los proyectos de los novadores, asegurar la independencia de toda la Italia y devolverle su antigua gloria y nacionalidad. El ministerio, aunque no se había secularizado todavía, sin embargo, á la autoridad de los ministros se habían puesto algunas trabas. Hasta entonces sus decisiones habían sido sin apelación, y se les declaró responsables. Tales fueron las grandes reformas que se habían obrado al concluir el año de 1847.

Habia llegado el 1.º de Enero de 1848, de este año tan fecundo en acontecimientos, y que debía conover á casi toda la Europa. La autoridad de Pio IX, cada día iba siendo menor, y convirtiéndose su persona en objeto de menosprecio y aun de groseros insultos. No era dueño de dictar ya la menor providencia para conservar el orden público, sin encontrar resistencias y hacer temer sangrientas escenas. Por el menor motivo se agitaban las masas y se disponían á estallar violentos choques entre la fuerza pública y las turbas populares. A este estado de intranquilidad y sorda agitación en que se hallaba Roma, se agregó la falta de recursos, la miseria pública, que sigue siempre y en todos los países á los gobiernos populares, como la sombra al cuerpo. Para remediarla, desde luego se propuso á Pio IX el medio generalmente adoptado en todos los países revolucionarios para facilitarse arbitrios, la venta de los bienes eclesiásticos, es decir, la total destrucción de esta fuente de prosperidad pública, ó los ruinosos empréstitos para enriquecer á cuatro especuladores con la sangre de los pueblos. El Papa resistió constantemente la primera medida, y apeló á la segunda, aunque bastante onerosa, no de tanta trascendencia. Los desórdenes crecían, y al mismo paso se aumentaba la insubordinación: hasta la cátedra del Espíritu Santo se convirtió en tribuna de los facciosos: desde ella se vertían las ideas más disolventes y sediciosas, concitando los ánimos á la insurrección. Así profanó el púlpito el padre Gavazzi, furibundo demagogo, en las exequias por los estudiantes muertos en la revolución de Pavia y de Milán, celebradas por los de la universidad romana; y lejos de haber causado escándalo esta profanación; el arresto que sufrió de órden del gobierno, que no podía tolerar aquel desman, dió lugar á nuevas horas que se le dispensaron, y á amagos de un motin si no se le daba libertad. Por lo contrario,

cualquiera expresión que se escapase á un predicador en sus sermones y que sonara mal al partido anarquista, se juzgaba digna de un ejemplar castigo. Así se vió calificar de enorme atentado á las libertades públicas una proposición del sermón de un jesuita, que cuando más, y así lo juzgan autores bastante parciales á los reformistas italianos, solo podía pasar por imprudente. Pero ya se ve: el predicador no adulaba las ideas revolucionarias, y por otra parte pertenecía á un cuerpo al que odia de muerte en todas partes el partido que se titula liberal (1). Los aplausos dados al primer orador, fueron insultos prodigados al último, y aun llegó á promoverse un alboroto, que aunque en lo pronto fué contenido por una proclama del Papa, posteriormente tuvo para la Compañía de Jesus mas funestos resultados.

Entre tanto, un suceso inesperado vino á complicar la situación de Roma, así como la de toda la Italia. En Febrero de 1848, la familia de Orleans se hallaba en el colmo de la prosperidad: Luis Felipe, admitido en el rango de los primeros soberanos de la Europa, todos sus hijos ventajosamente establecidos, la guerra de Africa terminada por la sumisión del gefe de los árabes, ejércitos numerosos y fieles, la mayoría de ambas cámaras sinceramente declaradas á su favor, un año abundante sucedía á otro de escasez, no se temía mas que una cosa, y era la muerte del rey seguida de una regencia. El rey no murió; pero con ocasión de un banquete, sobrevino, sin que ninguno lo hubiera premeditado, una revolución completa, y la dinastía de Orleans fué lanzada del trono con tanta violencia, que no tuvo ni aun el tiempo necesario de tomar el trage y las provisiones para el camino (2). El solo eco de esta insurrección conmovió á todos los reinos y los pueblos todos de Europa. Sobre todo, la Alemania y la Italia se convirtieron en teatro de las mas sangrientas revoluciones. Por todas partes se pedían constituciones, por todas se arrancaban á los soberanos, y el triunfo de las ideas liberales, era seguido de la destrucción de todo el orden social. Los movimientos insurreccionarios de Milán, de Parma, de Venecia, del Piamonte, de Toscana, de Génova, de Nápoles y Sicilia, de la Calabria, &c., tomaron un notable incremento; y por todas partes se veían horribles combates, desastrosos levantamientos, reyes expulsos, comunidades religiosas lanzadas de sus conventos y colegios, asesinatos multiplicados; todo el cortejo espantoso de que viene acompañada una rebelion que tiene la desvergüenza de haber tomado por enseña las palabras de *libertad, igualdad, fraternidad*. Esta página de la historia de esta triste época en todas las naciones, es la mas horrorosa y llena de crímenes y sangre: no puede compararse sino con la que traspasó la Francia á fines del siglo pasado.

(1) Clavé y Fabrager, en las obras citadas.

(2) Rohrbacher, obra citada, pág. 298.

Hasta cierto punto puede decirse que la excedió en violencia é hipocresía. Si la mano omnipotente del Señor no hubiera mediado acaso el orden religioso y social desaparece de todo el mundo.

Si: la posteridad verá con asombro, cómo las bases de todos los imperios, de todos los reinos, de todas las repúblicas, de todas las familias, de todas las propiedades, han sido minadas, carcomidas, calcinadas, reducidas á polvo y reemplazadas por un volcán que amenazaba de un momento á otro tragar á todas las sociedades humanas en un comun incendio. Pueblos y reyes se turbaban, se reunían, vacilaban y hacían todos los esfuerzos posibles por contener al mundo, que se disolvía con constituciones y leyes de papel. Mas ¡ó portento inexplicable! ¡ó fenómeno que solo puede entender un verdadero creyente! La capital del catolicismo, la residencia del vicario de Jesucristo, estaba entregada acaso mas que ninguna otra nacion, al poder de las tinieblas. Su hora era llegada. . . . esperad: la Iglesia de Dios, fundada sobre la mas firme roca, en medio de tantas tempestades, aparecía tranquila y confiada, con su santa gerarquía de pueblos unidos y obedientes á sus párrocos, de párrocos unidos y obedientes á sus obispos, de obispos unidos y obedientes al vicario de Jesucristo, que ha prometido estar con ella hasta la consumacion de los siglos. Pio IX, su actual representante en la tierra, va á sufrir mucho, va á verse obligado á abandonar esa ciudad ingrata, que nada sería sin el poder moral de la tiara; pero no partirá desanimado y lleno de terror como los otros soberanos, sino confiado en aquellas palabras que hace diez y nueve siglos ha dicho: "Las puertas del infierno, jamas prevalecerán contra mi Iglesia." Anudemos el hilo de la historia.

La noticia de la revolucion francesa excitó las esperanzas de los facciosos de Roma. Enero de 1848 habia abierto un nuevo campo á las ideas: ya no era la cuestion de reformas, se trataba de constituciones. A principios de Febrero, el dia 10, á pesar de las prohibiciones del Papa contra las manifestaciones, se presenta á las siete de la noche frente del Quirinal, una inmensa reunion del pueblo, capitaneada por los demagogos y protegida por los cívicos armados, y con ellos un batallon que habian formado de niños, al que se le dió el nombre de la Esperanza, porque en efecto, corrompiendo á la niñez, es como se alimentan las de los revolucionarios. Aquella inmensa multitud, en medio de músicas y vivas, exige hablar al sumo Pontífice para dirigirle sus representaciones: la de entonces era la secularizacion del ministerio. Pio IX se presenta en el balcon, impone silencio, y les dirige así la palabra: "Antes que la bendiccion de Dios descienda sobre vosotros, sobre el resto de mis Estados, y lo repito aún, sobre toda la Italia". . . . A semejantes acontos, el pueblo, conmovido, manifiesta su entusiasmo; tanto era el afecto y la emociion con que hablaba Pio IX.—"Pido que todos esteis concordes, y que mantengais la fé que habeis prometido al Pontífice. . ."

Un grito universal ¡si lo juramos! imitó la detonacion del trueno, durando algunos minutos esta interrupcion. Despues Pio IX continuó: "Advierto sin embargo que no se levanten mas estos gritos, que no son los gritos del pueblo sino de unos pocos, y que no se me haga ninguna peticion contraria á la santidad de la Iglesia, porque no puedo, no debo, no quiero admitirla. Con esta condicion con toda mi alma os bendigo." Esto dicho, bendice al pueblo y se retira á su estancia (1). En efecto, dos dias despues tres ministros seculares tomaron las carteras que cedieron tres eclesiásticos.

A este nuevo paso, como se ve, mas avanzado, siguió el nombramiento de una comision para que presentara en un término breve, una reforma de constitucion, compatible con la autoridad del Pontífice y con las exigencias del dia. Entre tanto, de todos los Estados romanos llovian las mas apremiantes representaciones, pidiendo que no se retardase la publicacion de la constitucion: algunas aun enviaban diputaciones particulares al Papa con el mismo fin. El 14 de Marzo se publicó el estatuto fundamental del gobierno temporal de los Estados pontificios; no era otro que un perfecto régimen constitucional. El pueblo entero celebró la constitucion con sus acostumbradas manifestaciones: las músicas, los vivas, las iluminaciones nocturnas eran incessantes: todo era regocijo y alegría. Sin embargo, cada nueva concesion, cada nuevo triunfo del partido liberal, era el preludio de una nueva desgracia y de una nueva calamidad. La miseria crecía cada dia mas: el comercio, la industria, la agricultura, las artes, diariamente se paralizaban mas y mas. Aquellos locos regocijos, aquellos grandes aplausos á Pio IX, iban á terminar, y muy pronto, en dias de duelo, en escenas de abominacion. Cada noticia de alguna victoria de los revolucionarios en la Italia ó Alemania era festejada con nuevas fiestas y seguida de insultos, ya á los embajadores de los soberanos destronados, y ya á las casas religiosas, ó de los llamados *oscurantistas*. Por regocijo se hacían pedazos las armas de Austria, por regocijo tambien se disparaban multitud de tiros contra el colegio romano y la iglesia de la casa profesa de los jesuitas. El espíritu de los demagogos se marcaba bien por sus gritos y aclamaciones. Cuando á la noticia de la constitucion concedida por el emperador de Austria, se dió el grito de "Viva Fernando rey constitucional," se contestaba: "Viva la Italia;" á los de "Viva Pio IX," se respondía: "Abajo el Papa." Así se escandalizaba la Europa católica, pero aun faltaban mayores escándalos. El ódio á la Compañía de Jesus, restablecida por Pio VII, difundida por todo el mundo, y que trabajaba tan gloriosamente en todos los paises que la habian admitido, era en Roma, así como lo es en todos los paises, el carácter de los revolucionarios. Decretóse en los clubs su destruccion, que ya habia te-

(1) Fabraquer, obra citada, cap. XI.

nido lugar en Nápoles, Turin y otros países insurreccionados, y veamos cómo se llevó al cabo. Pocos días antes, se había tratado de asesinar á un jesuita, que en el púlpito se había atrevido á decir que el templo del Señor no debía ser considerado como una sinagoga: al salir de su colegio se arrojaron á él los bandidos, y el orador cristiano había debido su salvación á una especie de milagro. Pero los faciosos no se contentaban solo con aquellas violencias: su objeto era aniquilar al cuerpo; y he aquí como lo consiguieron. Escuchemos al vizconde de Arincourt.

“Eran ya los últimos días de Marzo de 1848.—Una tarde el príncipe de Piombino, que mandaba uno de los batallones de la guardia cívica, recibió la consigna de velar por la seguridad de los establecimientos religiosos, que se aseguraba debía ser amenazada en la misma noche: transmitió la orden al marqués Patrizzi, jefe de la legion, y valiente militar.—“Que se toque llamada.”—Dijo.—Clamores de indignación le respondieron. Se gritó, que semejante medida no podía prescribirse sino por un enemigo del gobierno, y un partidario de los jesuitas que el Papa lo ignoraba, y que Patrizzi era un traidor.—En lugar de tocar llamada, se tocó generala.—La guardia nacional estaba acuartelada bajo los muros del convento que peligraba; pero una parte de los soldados, en lugar de oponerse á las declamaciones furibundas del populacho, juntó sus clamores sangüinarios. Se llama violentamente á las puertas. La ironía se mezcla con las amenazas. Se canta el *Miserere*.—¡Mortajas! ¡Abrid las fosas! gritan las voces roncas por fuera; y allí, en medio de las tinieblas, blandiendo á la vez las agudas picas, y resinas inflamadas, instrumentos de asesinato y de incendio, los canibales con salvaje brillantez de voces, entonan el *De profundis* (1).—¡Quién hubiera pensado á vista de este horrible espectáculo, que nada se hiciera á los jesuitas? Nada parecía poderlos salvar; nada, excepto un socorro de la Providencia. Este divino socorro llega.—De en medio de la milicia cívica, se levantan de repente voces protectoras. Un cambio súbito é imprevisto se opera en ciertas almas: Dios evidentemente está allí. Muchos oficiales ayudados de algunos valientes, se interponen á los verdugos; están resueltos á salvar sus víctimas. Las puertas resistieron á las hachas; el puñal de los hombres del crimen, reculó ante la espada de los defensores del orden. Las vociferaciones se calman, el fuego de las antorchas se extinguió, la tempestad se fué alejando y al primer rayo de la aurora el claustro estaba todavía en pié.—Pero la catástrofe no estaba mas que aplazada; los faciosos no conocen freno, y el poder no tiene fuerza.—El padre general de los jesuitas, calmado, y resignado, escribió al Santo Padre, para preguntarle si la congre-

(1) Estas fueron las mismas escenas de Nápoles. La institución fué perfecta. ¡Que acuerdo entre los caudillos!—N. del R.

gacion debía disolverse y retirarse: Pio IX le hace responder por el cardenal Castracani, que él no pide ni quiere ordenar su espulsion; pero que no contando mas con la milicia ciudadana, está sin medios para defenderlos, y sin fuerzas para salvarlos.—El padre general retiene en el acto su consejo; y en prescencia misma del enviado del Papa, se decide, que para prevenir espantosas calamidades, la Compañía se disolverá.—En efecto, al día siguiente los jesuitas dejaron á Roma; y la anarquía, coronada su frente, marchó de triunfo en triunfo (1).” Pio IX vió con el mayor desagrado este suceso; y lejos de aprobarlo, como se han avanzado á decirlo los enemigos de la Compañía de Jesus, el día 30 del mismo mes hizo circular por medio del secretario de Estado aquella noticia á los nuncios pontificios, manifestandoles el extremo sentimiento que le habia causado aquella espulsion, “cuando, son sus palabras, siempre habia visto con grande complacencia á estos religiosos, como infatigables operarios de la viña del Señor (2).” La espulsion de los jesuitas, añade Fabraquer, reanimó las esperanzas de los que quisieran ver extinguidas todas las órdenes religiosas. En la noche del 31 de Marzo aparecen sobre todas las puertas de los conventos grandes carteles anunciando satíricamente que se alquilan aquellas casas.” Efectivamente, nada es mas natural que destruido el cuerpo avanzado, se continúe atacando al resto del ejército. En esta guerra á muerte, que los revolucionarios han declarado á las comunidades regulares, en las que miran, y con razon, las valerosas milicias de la Iglesia, la experiencia ha enseñado, que siempre se comienza por los jesuitas y se acaba por los demás cuerpos religiosos. Bien lo conocia el gobierno romano, y acaso en el mismo ministerio ya se conspiraba en este sentido; no obstante procuró asegurar á los religiosos sobre la estabilidad de sus institutos, y vigiló cuidadosamente para que no volvieran á fijarse semejantes pasquines (3).

Los repetidos triunfos de los Estados italianos sobre las tropas austriacas, las constituciones que en ellos se iban dando y el aumento de influjo y de poder que adquirian cada día los liberales, hizo creer realizable el gran sueño de la liga italiana, por el que se habian conmovido los pueblos, y que debía ocasionar en la capital

(1) Italia Roja cap. III.

(2) Una Divinasione. En el apéndice.

(3) Al referir la espulsion de los jesuitas el señor Fabraquer, comete la equivocacion de decir que Leon XII los habia restablecido en Roma, no habiéndolo sido sino algunos años antes por Pio VII. Igualmente hace una enumeracion bastante equivocada tambien en las fechas, de las diversas ocasiones que los jesuitas han sido expulsados de diversos reinos. Si agregara los motivos de esas expulsiones, y la manera brutal con que casi siempre han sido expulsados los jesuitas, esto solo bastaria para manifestar, que tales actos de despatismo y arbitrariedad, son la mejor apologia que puede hacerse de estos religiosos.

del mundo cristiano una verdadera revolucion. Los diversos representantes de los Estados italianos, esto es, las personas mas distinguidas en las revoluciones de cada uno de ellos, iban á constituirse en una dieta ó liga, y su voluntad unánime era que fuese presidida por Pio IX. Pero el ilustre Pontífice, que aunque como príncipe italiano deseaba la independencia de su país, no olvidaba su mision divina sobre todo el mundo; como ministro de un Dios de paz, cuyo reinado se extiende por todo el universo, no quiso soplar el fuego de las sangrientas discordias entre los pueblos de la cristiandad. No quiso lanzar el grito de guerra á las naciones furiosas y ciegas que rugian desencadenadas á sus piés. No quiso que apareciesen abrazadas la religion y la democracia revolucionaria. Sabia que su aureola de popularidad iba á desaparecer, y que los gritos de muerte iban á reemplazar á los cánticos de alabanza. Vicario de Jesucristo quiere cumplir la mision que éste trajo al mundo, la paz. En esta situacion, el Pontífice renne el 29 de Abril el consistorio de los cardenales, para hablar de la guerra actual de la Italia. Para hacer esta guerra mas regular, tratábase de que el Pontífice la intimase legalmente. Roma aguarda con el mayor interés la decision del pensamiento que dominaba todos los ánimos. En aquellos momentos el Pontífice publica una encíclica, que apenas se fija en Roma, excita el mayor descontento. En ella rehusa declarar la guerra (1). El ministerio á vista del universal disgusto público, hace dimision en masa: los gefes de la guardia civica dirigen una representacion al Papa contra aquella providencia; se preparan para la revolucion; y desde este momento el amado, el liberal Pio IX, es el blanco al que se dirigen todos sus tiros. En diversos puntos de los Estados Pontificios se sienten agitaciones; y el 1.º de Mayo estalla la revolucion en Roma contra los cardenales, á quienes se cree autores de todo. Estos, para salvar la vida, tuvieron que refugiarse en el palacio pontificio, ó que esconderse y salir disfrazados de Roma huyendo del furor de las turbas: solo Pio IX se hallaba tranquilo en medio del peligro. Conociendo el influjo que tenia sobre el pueblo el conde Mamiani, lo llama para componer el ministerio; y éste queda enteramente secularizado, salvo el de negocios eclesiásticos. El programa del nuevo ministerio era un programa de guerra; así es, que todos los dias aparecian decretos para la organizacion de los cuerpos del ejército, y todo lo que esto no era se consideraba como de ninguna importancia. Los riesgos á que estaba expuesto Pio IX cada vez eran mayores: el ministerio obraba expresamente contra sus intenciones; pero como lisonjaba las del pueblo, el objeto de los aplausos de éste habia cambiado enteramente. Mamiani se arrebató los aplausos públicos, al

(1). Este documento el mas importante á la historia de Pio IX, lo ha insertado por entero en el Sr. Fabraquer el cap. XIII de su obra citada.

mismo tiempo que cuando el Papa se presenta aun con la pompa mas solemne por las calles, un profundo silencio reina en la muchedumbre. Habia evidentemente un marcado desacuerdo entre el Pontífice y su ministerio: éste tomaba una actitud hostil, al paso que Pio IX solo pensaba en medios de conciliacion.

En estas circunstancias se abrieron las cámaras, el 5 de Junio, y sobre la amplitud que éstas daban al sistema popular, el Papa removia las trabas á la libertad de imprenta, aboliendo la censura. Desde luego se entendieron los representantes del pueblo y el ministerio liberal; y comenzaron á entreverse los planes que se fraguaban entre ambos. Roma se encontraba reducida á la miseria, y para remediarla debía echarse mano del sabido arbitrio de los regeneradores modernos: la venta de los bienes de la Iglesia. El pueblo, poco dispuesto á estas medidas, mostraba su desagrado; ¿pero qué importaba esta repugnancia á los que ya tenían fuerza fisica para resistir cualquier reaccion? Se contaba con ella, así como en la Francia con las masas de bandidos, que por esos mismos dias hubieran cubierto de horrores á Paris, y que habrian sacado con la ciudad, á no ser por los esfuerzos del general Cavaignac. En efecto, la disolucion de la sociedad parecia inminente en la nueva república; pero de la misma necesidad de la defensa, sale un gobierno mas enérgico que comienza la obra de la reparacion. El general Cavaignac investido de la dictadura, sobre el mismo campo de batalla, en las mismas calles de Paris, en medio de las imponentes barricadas, rodeado de los cadáveres de los soldados y de los generales, á quienes habian respetado las guerras del imperio y de la Argelia, teñidos con la sangre del santo arzobispo de la ciudad de Paris, Mr. Affre, que muere inmolando su vida para llevar palabras de paz y de conciliación á los furiosos que intentan desde las barricadas destruir la sociedad por sus cientos, hace triunfar por fin el órden en Paris. Este costoso triunfo se resiente bien pronto en la Europa, así como pocos meses antes se habia hecho sentir la revolucion de Febrero, que estremeció todos los tronos del mundo rápidamente como las ondulaciones sucesivas de un mismo temblor de tierra.

El triunfo del órden en Paris, así como las diversas derrotas de las tropas italianas por las austriacas, debian haber calmado las pasiones políticas en Roma. Pero no fué así. La nueva cámara insiste en la formacion de la liga italiana, y en que el Papa declare la guerra á la Austria. Pio IX se niega, y entonces el pueblo se commueve, quiere apoderarse del castillo de Santángelo, y se presenta en la cámara de los diputados para forzarla á hacer aquella declaracion. Escenas de grande agitacion pasan en el santuario de las leyes. Todos hablan, todos gritan, todos amenazan, todos á voz en cuello piden la guerra; las turbas del pueblo deliberan mezcladas con el ministerio y los miembros de las cámaras. Empero,

el Pontífice no cede, el ministerio hace su dimisión y se retira. Se organiza otro, también secular, que se estrenó con la ocupación de Ferrara y Bolonia por las tropas del gobierno austríaco; pero si bien se logra la evacuación de las dos legaciones, los demagogos que dominaban en las cámaras, se pusieron en abierta pugna con Pío IX, que al fin tuvo que suspender las sesiones hasta el 15 de Noviembre. En estas circunstancias es llamado á encargarse del ministerio el conde Pelegrino Rossi, que aunque italiano de nacimiento, estaba naturalizado en Francia, y aun había sido embajador en Roma de Luis Felipe. Por lo pronto, parecía haber renacido la tranquilidad en la ciudad; pero ella era aparente, y Roma se hallaba sordamente agitada por los clubs. El conde Rossi, aunque bastante liberal, se propuso seguir una marcha diametralmente opuesta á la de Mamiani y á sus principios revolucionarios. Se trató del arreglo del erario público, de refrenar el libertinaje de la imprenta, de disciplinar el ejército y de contener los motines populares con el nombre de manifestaciones. Roma veía restablecerse el orden pacífica y lentamente, la tranquilidad renacia diariamente, y para asegurarla en un todo, el ministerio preparaba en silencio sus proyectos para lo futuro. Por espacio de dos meses nada alteró la paz, y los buenos ciudadanos se daban el parabién de ir mirando poco á poco y sin estrépito, restablecer el orden en la administración pública, y afianzarse las reformas sin la confusión y anarquía de los meses anteriores. No guardaba el mismo estado el resto de los Estados Pontificios de la Italia y la Alemania. La revolución seguía en muchos puntos, y esto animaba á los agitadores de Roma que conspiraban en secreto por reconquistar su antiguo poder. Los desórdenes de las revoluciones habían terminado en Bolonia, por la actividad y valor del general Zucchi, ministro de la guerra, que había pasado con ese fin á aquella legación. Pero la ausencia del único hombre capaz de contener las desmoronadas tropas en su deber, fué una imprevision fatal. Urgente era el restablecer la tranquilidad en Bolonia; pero mucho más lo era impedir la revolución de la capital del mundo cristiano. El día 15 debían abrirse las cámaras. La calma, es verdad, reinaba en Roma, empero era la calma sofocante que precede á las grandes tormentas cuando la tierra está cargada de electricidad.

Entre tanto, el ministro Rossi se encontraba solo en Roma, y podía decirse que en él se concentraba el gobierno entero, pues era ministro de lo interior, ministro de la policía, ministro interino de hacienda, y comandante general de los carabineros. Un solo golpe de puñal podía concluir con el gobierno de Roma. Era el único medio de poder vencer á este hábil ministro, antes de que expusiese en las cámaras y desarrollase su sistema de gobierno, que hubiera traído la aprobación general; los clubs lo acordaron, y se prepararon á ponerlo en ejecución desde luego. Entonces la san-

ta ciudad era el asilo de una porción de emigrados, verdaderos bandidos, con el título de refugiados políticos, y entre las providencias del ministro había sido una de ellas el hacerlos salir á sus patrias, para separar de esta manera ese germen de corrupción pública, y ese apoyo de los revolucionarios. Esta medida de policía acabó de irritar á los demagogos, y de resolverlos al infame golpe que meditaban. La víspera misma del atentado no tuvieron embarazo en concitar públicamente al asesinado del ministro. En efecto, el día 15 de Noviembre, al subir la escalera del palacio de la Cancillería para presentarse en la apertura de las cámaras, el ministro Rossi recibe un golpe de puñal en el cuello, que lo atraviesa de parte á parte, y que á pocos momentos le quita la vida. El agresor se retira con toda serenidad y sin que nadie lo persiga; y muchas voces que repiten: *Todo está hecho*, anuncian que aquel crimen estaba preparado de antemano, y tomadas todas las precauciones para que no se desgraciara su ejecución. Asegúrase que el asesino se ejercitó repetidamente sobre los cadáveres para que el golpe fuese seguro. Un suceso tan atroz no causa la mas mínima conmoción en la asamblea, y esto mismo prueba la premeditación del delito. Como si tal cosa hubiese pasado, la cámara hizo leer el acta de la última sesión, pasó lista de los diputados, y no habiendo número suficiente para deliberar, se levantó la sesión. El cuerpo diplomático, admirado de la indiferencia criminal de la cámara, á vista de un atentado semejante, cometido bajo su mismo techo, y contra el cual no había proferido ni aun la mas ligera expresión de vituperio, abandonó la tribuna, protestando de esta manera, en el hecho mismo de su retirada, contra aquel atentado, que en cualquiera otro pueblo hubiera hallado en su asamblea un grito unánime de reprobación. El embajador español Martínez de la Rosa, corre inmediatamente al Quirinal y se presenta al Papa. Consuela al venerable Pontífice en los primeros momentos del dolor que le causa la pérdida de su fiel consejero y primer ministro, y le reitera las ofertas de apoyo y de auxilio, que tantas veces le había ofrecido en nombre del gobierno de la católica Isabel. Los ministros hicieron su dimisión y solo uno de ellos permaneció al lado del Pontífice.

Una espantosa orgía se representa por la noche en la santa ciudad. El círculo popular, esto es, el principal de los clubs, sale precedido de una gran bandera tricolor, con hachas encendidas, dando gritos, recorriendo las calles, dirigiéndose á los cuarteles donde era acogido con aclamaciones por la tropa, y gritando vivas á la libertad, á la constituyente, á la mano del que mató á Rossi y al puñal del nuevo Bruto; su barbarie llega hasta entonar en ridícula parodia los cánticos de la Iglesia, destinados á implorar el reposo de los muertos, al pasar por delante de la casa de la viuda y de los desgraciados hijos del conde Rossi: el insulto toca al extremo, se les obliga á iluminar sus balcones, como se obligaba á los habitantes de toda la ciudad.

Tales desórdenes no eran mas que el preludio de los que debían seguirse al día siguiente, 16 de Noviembre. Los diversos clubs con sus estandartes y banderas, la guardia cívica, las tropas de línea, y, lo que parece increíble, hasta los mismos generales se presentaron ante el Quirinal, á exigir del Papa el nombramiento de un ministerio que ellos mismos habían nombrado, y los principios fundamentales acordados la víspera en el Círculo Popular, á saber: 1.º Promulgación del principio de la nacionalidad italiana; 2.º Convocación de la Constituyente, y formación de una acta federativa; 3.º Cumplimiento de las deliberaciones de la Cámara de diputados, con respecto á la guerra de la independencia; y 4.º Completa adopción del proyecto de Mamiani del 5 de Junio, que se reducía especialmente á la declaración de esta guerra. El tumulto era espantoso, los gritos terribles y atronadores. Se nombró una diputación de los representantes de aquellas turbas para significar al Pontífice los deseos de la multitud. Pio IX ofrece tomarlos en consideración; pero las turbas no se aquietan, mandan nueva comisión para obligarlo á una resolución violenta; mas estos quedan sorprendidos. Creían encontrar solo al Papa, y lo hallan rodeado de los embajadores de España, Francia, Rusia y Baviera. Los representantes de la Europa estaban allí para protegerle. Esto no contiene á los facciosos. El Papa mostraba la mayor firmeza, negándose á lo que le pedían tumultuariamente, y resuelto á sufrir las consecuencias que pudieran resultar de su negativa. El furor de los demagogos llega á lo sumo. A los gritos se sigue poner fuego á una de las puertas del palacio, apedrear los balcones y ventanas, hacer fuego sobre las mismas paredes del palacio: una de las balas penetra á lo interior, y quita en el acto la vida á Monseñor Palma, secretario latino del Papa. La población entera se habia conjurado contra el padre comun de los fieles; las mismas tropas pagadas por el Pontífice marchaban contra su palacio á las órdenes de sus gefes. El pueblo las acompañaba en su traicion; los príncipes y la aristocracia romana lo abandonaban enteramente: solo setenta ancianos suizos se disponían á defenderlo; pero al fin tienen que ceder, mas bien por las persuasiones del nuevo ministro Galletti, que de temor, pues estaban decididos á perecer en defensa del Papa. Al fin, por evitar la efusión de sangre, Pio IX nombra el ministerio que se le pedía, refiriéndose para la adopción de las demas bases que se le habian presentado á la deliberación de las cámaras. "Todo, dijo delante de los mismos embajadores, debe ir cediendo á este principio; pero declaro á la Europa y al mundo entero, que no tomo parte, que no entiendo tomarla en los actos del gobierno, á los que quiero permanecer enteramente extraño, habiendo prohibido que se sirvan de mi nombre, y que adopten en los actos del gobierno la fórmula ordinaria: *con aprobación de Su Santidad.*" Aquella revolucion llega, en fin, á su último término.

El Círculo Popular, durante todo el movimiento, se constituye en una especie de gobierno popular, compuesto de cuatro furiosos demagogos, entre ellos dos redactores de un periódico; siendo lo mas particular que los empleados todos sin resistirse, ni renunciar siquiera uno, se adhieren á las disposiciones de esta junta, y obedecen las órdenes que de ella emanan. Una de ellas fué la proscripción de los cardenales y de los demas personajes que les eran desafectos. Buscáronse por todas partes, y solo la fuga pudo salvarles la vida. El famoso cardenal Lambruschini tiene que refugiarse á un cuartel de dragones, y con el disfraz del uniforme de uno de ellos puede únicamente salir de Roma.

Imenso sería referir los excesos cometidos en Roma durante el tal gobierno, que al fin se constituyó como tal, aun despues de las concesiones del Papa y de los esfuerzos de la asamblea. Roma no presentaba mas que escenas sangrientas, tumultuarias y aun ridiculas. Los demagogos apoderados del mando y de los fondos públicos, cometian toda suerte de tropelías y de dilapidaciones. La llegada de Mamiani, el 23 de Noviembre, iba á precipitar todavía mas las muchas medidas que con tanta impaciencia reclamaban los agitadores, y que se hallaban suspendidas hasta su llegada. El Papa permanecía encerrado en su palacio, ageno á los negocios públicos; y cuando solicitó Mamiani presentársele, se negó á recibirlo, bajo el pretexto de hallarse indispuesto. Otros eran los proyectos de Su Santidad mucho mas prudentes y acertados; y que en efecto realizó al día siguiente. Como á las siete de la noche del 24 de Noviembre, mediante una combinación entre el embajador de Francia y el de Baviera, logra Pio IX salir disfrazado de su palacio, y partir, sin ser conocido, de la ciudad ingrata: camina toda la noche y llega á las nueve y media de la mañana del día siguiente, al castillo de Gaeta, en los Estados del rey de las dos Sicilias. Desde allí escribe de propia mano la admirable carta que sigue, al rey Fernando II: "Señor, el triunfo momentáneo de los enemigos de la Santa Sede y de la religion, comprometiendo la persona del gefe de la Iglesia, lo han obligado á su pesar, á abandonar á Roma. Yo no sé sobre qué punto del globo guiará mis pasos errantes la voluntad del Señor, á la que me sujeto con toda la humildad de que soy capaz. Aguardando entre tanto lo que de mí disponga, me he refugiado en los Estados de V. M. con algunas personas fieles de mi servicio. Ignoro vuestras intenciones respecto de mí: pero he creído en esta duda deber decirlos por conducto del conde de Spaur, ministro de Baviera, cerca de la Santa Sede, que estoy pronto á redarme del territorio napolitano, si mi presencia pudiera convertirse, en los Estados de V. M., en motivo de temores y diferencias políticas.—Firmado: Pio IX (1)." No podia ser indiferente á aque-

(1) Balleydiér, Historia de la revolucion de Roma.

los ruegos el rey de Nápoles, ni negarse á una hospitalidad, cuyo honor se hubieron disputado los soberanos todos de Europa, aun los mismos protestantes. Pasó el mismo en persona á Gaeta á saludar al Papa, y aun permaneció en su compañía durante casi todo el tiempo de su destierro.

Antes de continuar la narracion de los sucesos posteriores á la fuga de Su Santidad, bueno será referir algunos hechos notables concernientes á la historia que escribimos, ocurridos por aquella época, y que á proposito hemos diferido para no cortar el hilo de los acacimientos que acabamos de referir.

A pesar de las grandes tareas de Pio IX para llevar al cabo las reformas políticas que se habia propuesto, no por eso se descuidaba de sus funciones como cabeza de la Iglesia. A 9 de Noviembre de 1846, dirigió la encíclica de costumbre al episcopado, notificándole su eleccion, y hablándole del estado actual de la Iglesia. En ella les recomienda la promulgacion de las sanas doctrinas, y la vigilancia que deben tener para oponerse á la introduccion de los malos libros, como que contienen los principios mas propios para corromper la religion y excitar á los pueblos á la desobediencia á las legítimas autoridades; les recomienda igualmente la instruccion del clero, y la eleccion para los ministros del santuario; condena de nuevo, á ejemplo de sus predecesores, las sociedades secretas; y concluye pidiendo oraciones para el acierto de su gobierno. Por otro breve de 22 del mismo mes, se concedió un jubileo general á todos los fieles. Igualmente entró en contestaciones con el gobierno de España, con el objeto de terminar el cisma, y admitió por embajador extraordinario al Señor Martínez de la Rosa. Pero el hecho mas notable de esta época, fué la embajada que en 1847 recibió la Santa Sede del imperio turco. El día 14 de Junio se presentó en Roma Chekib-Effendi, embajador de la sublime Puerta en la corte de Viena, en nombre del sultan Abdul-Medjid, á felicitar á Pio IX por su elevacion al pontificado, y á tratar con el gefe del cristianismo los grandes intereses de esta religion en el Oriente. Grandes fueron los esfuerzos que la Francia habia hecho en Constantinopla para impedir esta embajada; y grandes fueron tambien los esfuerzos que el conde Rossi, su embajador en Roma, hizo para que esta mision no excediese los límites de un mero cumplimiento; empero el Papa, despues de haber satisfecho cumplidamente á la etiqueta, invita al embajador á una conferencia secreta, en la que sirve de intérprete el cardenal Mezzofanti, y en ella se arreglan los intereses de los cristianos de Oriente; quedando tan satisfecho del enviado del gefe de los infieles, que le regala su retrato, el que el musulman coloca sobre su cuello, y lleva con orgullo al lado de la distincion de la media luna. En su conferencia con el enviado del gran turco, acuerda el Papa el restablecimiento del patriarca latino de Jerusalem, para hacerle el tutor natural de los católicos, y para

encargarle de exponer sus agravios al divan, y demandar su remedio. Así Pio IX hace, no solo una simple innovacion, sino una revolucion verdadera en las tradiciones del Oriente. Así la Francia, el Austria y la Rusia, perdian con esta medida, el protectorado de las provincias del Danubio y de la Armenia, protectorado que habia sido ineficaz, porque en 1840 se habian separado los drusos y los maronitas. La Inglaterra sola era la que apoyaba al Papa en esta cuestion, viéndose; cosa singular defendido el Pontífice, el gefe de los católicos, por la Inglaterra protestante y por el gefe del islamismo. Quedó el gran turco tan satisfecho de este arreglo, que queria dotar ricamente al nuevo patriarca; empero el Papa rehusó su dotacion, para no colocarle bajo la dependencia de la Puerta. Pio IX buscaba para tan elevado cargo, al padre Valerga, misionero en la Mesopotamia y en la Persia, con la obligacion de residir en Jerusalem, cuyo patriarcado existiría ya en lo sucesivo de hecho y de derecho. El Papa consagró con sus propias manos en la capilla Paulina del Quirinal, al nuevo patriarca, y le dió sus instrucciones para regir los cristianos de la Siria.

El 28 de Junio del mismo año, presentó Roma otro espectáculo notable: las honras celebradas por el famoso abogado irlandés O'Connell. Este, deseando recibir antes de su muerte la bendicion del Santo Padre, se habia puesto en camino para los Estados romanos; pero vencido por la enfermedad, acababa de fallecer en Génova, legando su cuerpo á la Irlanda, y su corazon á la ciudad eterna. El legado de este grande hombre, llegó á Roma, acompañado de las lágrimas de la cristiandad. Tratábase de tributar al ilustre agitador, al gefe de ese pueblo desafortunado, por el cual imploraba el Papa pocos meses antes las oraciones y limosnas de los fieles, honores fúnebres dignos de su memoria y del amor que profesaba á la Santa Sede. Pio IX decidió que se le hiciesen magníficas exequias, á su costa, en una de las mas grandes iglesias de Roma, y que se encargase de pronunciar su oracion fúnebre el padre Ventura, el mas célebre predicador de este tiempo: "Nos queremos, dijo, dar al mundo un grande ejemplo, mostrándole cómo recibe la Iglesia las cenizas de los que defienden su sagrada causa y la de los pueblos. Es necesario que los funerales de O'Connell sean tales, que animen á todos los que se sintieren movidos á imitarle." Con efecto, el padre Ventura predicó el elogio fúnebre, tomando por asunto la alianza de la religion y de la libertad; y sin duda esta oracion es una de las mejores del sábio, aunque extraviado general de los teatinos (1). Ella es una verdadera declaracion de los derechos y deberes de los pueblos, y manifiesta la manera con que la Iglesia comprende el porvenir político del mundo. Pero es necesario confesar que esta declaracion, en su espíritu y en el

(1) Puede verse en la obra citada de Félix Clavé, en el apéndice.

modo con que se desenvuelve, puede dar lugar á notorios errores en lo que concierne su aplicacion en los Estados romanos. Y tal fué la opinion, entre otros, del obispo de Langres, que le hizo algunas juiciosas y católicas observaciones, tan luego como vió la luz pública.

Pío IX, en medio de sus muchas atenciones, no se descuidó de los establecimientos de beneficencia de Roma, y de las casas de educacion. A todas ellas hizo repetidas visitas, corrigiendo los abusos donde los encontraba, animando á los que se dedican á servir á la humanidad y á instruir á la juventud, auxiliando á los que tenían necesidades por sus escasas rentas, y vigilando, en fin, el cumplimiento de todos los empleados en esas importantes funciones, y en la conservacion y buena distribucion de los fondos. Entre todas estas visitas, fué la mas célebre la que hizo el 27 de Junio de 1847 al colegio romano dirigido por los jesuitas. Estos padres recibieron á Su Santidad con una funcion espléndida y cual correspondia á tan augusto visitador. El acto fué una prueba de la elevada capacidad de aquellos maestros, y del grande aprovechamiento de sus discípulos. Por todo el colegio se veian inscripciones en todas las lenguas antiguas y modernas: se arengó á Su Santidad en todos los idiomas, y se le presentaron diversas obras sagradas y profanas, como una ofrenda debida al protector de todas las ciencias. Entre ellas fueron las mas notables las famosas disertaciones sobre la autoridad de los romanos Pontífices, del profesor de teología; otras de elocuencia sagrada é historia eclesiástica, del padre Patrizi; y por último, la de los famosos astrónomos padres Vico y Sestini, sobre la historia de los cometas descubiertos en el observatorio del mismo colegio, y sobre el color y la luz de los planetas (1). Su Santidad manifestó la mayor bondad á los jesuitas y á sus alumnos. Dió la comunicacion á estos últimos, y al separarse del colegio al anochecer, públicamente delante de toda su comitiva, hizo los mayores elogios de los hijos de San Ignacio, dando muestras del sumo aprecio que les profesaba (2).

Por lo respectivo al estado de la Iglesia en lo restante del mundo, en Europa no era muy fisonjero, especialmente en Italia, á causa de la revolucion. En Francia, salvo la desgraciada aunque honrosa muerte del Illmo. Afre, arzobispo de Paris, de que ya hemos hablado, no habia experimentado la religion ningun quebranto, y aun adquiria alguna mas libertad su Iglesia despues de la revolucion de Febrero. En España los asuntos religiosos tomaban un aspec-

(1) Todas las composiciones en verso y prosa hechas por los alumnos, las inscripciones del colegio y las obras ofrecidas al Papa, se imprimieron en diez pequeños volúmenes en folio, que sirven de testimonio del modo con que los jesuitas cultivaban las ciencias y las letras, y del entusiasmo y estímulo que produjo la benevolencia de Pío IX en su visita al colegio romano.

(2) Observador Católico, tom. II, núm. 9.

to mas favorable, sobre todo, despues de la caida de Espartero. En Inglaterra continuaban en aumento las conversiones al catolicismo. En Rusia habia calmado algo la persecucion, y segun ya vimos, un embajador habia sido mandado cerca de la Santa Sede, para terminar los negocios tratados verbalmente entre Gregorio XVI y el emperador Nicolás, en su viage á Italia. Un concordato firmado entre el cardenal Lambruschini y los condes Blonhoff y Boute-nieff, en 3 de Agosto de 1847, habia producido ese cambio. Por lo que mira, en fin, á las otras partes del mundo, en la Turquía y la China respiraban los cristianos de las persecuciones de los años anteriores. En los Estados- Unidos, se celebró en Baltimore en el año de 47 otro concilio nacional, en el que se hizo presente por los Padres, el grande progreso del catolicismo en esa república. En la de México, desgraciadamente en ese mismo año ocurrieron los desagradables sucesos que referiremos en otro lugar, con motivo del decreto de la ocupacion de los bienes de la Iglesia, y la defensa que de ellos hizo no menos el clero que la parte sensata y juiciosa de la nacion.

Volvamos ahora á Pío IX, y á sus rebeldes súbditos.

Todos ignoraban en Roma la fuga del Pontífice. A la mañana siguiente, 25 de Noviembre, se informó de ella el ministerio por una carta que el Papa habia dejado al furriel mayor de los palacios pontificios, concebida en estos términos: "Marqués Sacchetti: fiamos á vuestra notoria prudencia y honradex, que preveniais de nuestra partida al ministro Galletti, empeñándole con todos los otros ministros, no tanto para que defendia nuestros palacios, cuanto las personas adictas á nuestra servidumbre, que ignoraban totalmente nuestra resolucion. Nos interesamos tanto en esto, por que lo repetimos, nuestros familiares ignoraban todos nuestros pensamientos. Tambien recomendamos de todo nuestro corazon y deseamos la quietud y el órden de la ciudad entera: 24 de Noviembre de 1848. — Pius P. IX."

Divulgada la noticia por la ciudad, todos quedaron sorprendidos, y diversos sentimientos se excitaron en las distintas clases del pueblo. Los fieles corrieron á los templos á pedir á Dios salvase al Papa de los riesgos á que estaba expuesto, y lo volviese pronto á Roma, á terminar con su paz y su caridad tan sangrientas discordias. Los príncipes, cardenales, la mayor parte de los suizos, y algunos individuos del ejército, se disponian para salir de la ciudad y reunirse al Papa, tan luego como supieran su paradero: los menos exaltados se decidieron á conservar el órden á cualquier costa, aguardando el curso de los sucesos: los demagogos, en fin, creyeron que debian aprovechar la ocasion y proclamar la república, aunque unos todavía con alguna hipocresía, como Mamiani, afectando contar con la voluntad del Papa; y otros, entre ellos el príncipe de Canino, sobreponiéndose á todas las consideraciones. Por fortuna, el

ministerio, declarando que ejercía el poder en nombre del soberano Pontífice, reprimió con mano firme tales intentos, y conservó un orden admirable en la ciudad. El 27 de Noviembre, Pío IX protestó contra todos los actos nacidos por la violencia usada contra Su Santidad el 16; los declaró nulos é ilegales, y nombró una comisión gubernativa que dirigiese, durante su ausencia de Roma, los negocios públicos. La asamblea, caminando de abismo en abismo, declara á su vez nula la protesta del Pontífice, y nombra una comisión que pase á Gaeta para exhortarlo á volver, en óbvio de mayores desgracias. En lo pronto solo se confió esta misión al marqués Sachetti. El Papa se manifestó inflexible. La opinión general de la Europa era unánime en condenar los atentados de los romanos, y á porfía todas las naciones se disputaban, apenas tenían conocimiento de la salida del Pontífice de Roma, el ofrecerle un asilo hospitalario, abriéndole todos los pueblos sus brazos, todos los reyes sus palacios, deseando que viviese entre ellos para poder enjugar con mano respetuosa y filial, las lágrimas que en un momento de delirio y frenesí le había hecho derramar la ingratitude de Roma. Repúblicas y monarquías, fieles á su historia, se apresuraban con igual empeño. Sobre todo, la España y la Francia, no solo ofrecieron al Papa sus auxilios, sino que en efecto dispusieron tropas que acudiesen á reponerlo en el trono pontificio. La buena disposición, especialmente de la nueva república francesa, que como veremos adelante, llevó al cabo la empresa, fué la que enfureció mas á los demagogos de Roma. Nuestra patria no dejó de figurar en esta vez. Ofreció también á Pío IX hospitalidad en su seno, y auxilió con 25,000 ps. sus necesidades.

Estas demostraciones de todo el cristianismo, en vez de hacer volver sobre sus pasos á los revoltosos de Roma, los exaltaron mas, y se resolvieron á dar la última mano á sus proyectos. Sin embargo, aun tentaron el medio de otra diputación á Gaeta; pero el gobierno napolitano le rehusa su entrada á su territorio, y se vuelve á Roma sin haber podido cumplir su misión, y solo con una carta del cardenal Antonelli, en que le comunica que el Santo Padre insiste en su resolución. Esta respuesta desconcierta y divide altamente al partido democrático; pero al fin se resuelve en la asamblea el nombramiento de un gobierno provisional de tres individuos. El resultado de su gobierno fué encenderse mas la revolución, perseguirse á los buenos, dilapidarse los fondos públicos, y dar vuelo á todos los desórdenes y pasiones. Pío IX, apenas sabe el nombramiento del nuevo gobierno, protesta otra vez el 17 de Diciembre, declara á esa junta desnuda de toda especie de autoridad, y ordena á sus súbditos que no obedezcan sino á la comisión instituida por él el 27 del mes anterior. Por desgracia esta comisión no tuvo la firmeza necesaria por parte de algunos de sus miembros, no se puso de acuerdo entre sí, y este fué un nuevo mal. Las cámaras dieron el decreto

de la asamblea constituyente, trataron con el mayor vituperio la protesta del Pontífice, lo insultaron, y aun se atrevieron á declararlo despojado de su soberanía. Pío IX recurrió entonces al único medio que le quedaba, aunque con profundo dolor de su corazón. Habia tolerado las injurias, los sarcasmos, los ultrajes hechos contra su sagrada persona; empero no podia tolerar el despojo de la soberanía del pontificado: esta soberanía era propiedad de la Iglesia, y ningún Pontífice es árbitro de renunciarla ni de dejarse despojar de ella. Debía usar y usó de las armas que la misma Iglesia habia puesto en sus manos, y conociendo era llegado el caso de obrar, fulmina contra los revolucionarios de Roma el rayo del Vaticano, separándolos de la comunión de la Iglesia. Este breve de 1.º de Enero de 1849, se publicó en Roma en el templo de San Pedro y en las demas iglesias. Los fieles quedaron llenos de consternación, al paso que los demagogos se indignan y se dejan arrastrar á los mas sacrílegos excesos. Ciceruachio, con sus turbas, asalta la casa del vicario de Roma, recoge todos los ejemplares de la tercera protesta del Papa, los arranca de las iglesias, y lleva la profanación hasta sepultarlas en un lugar inmundo, poniendo la inscripción de *Aquí yace la excomunion de Pío*. Recorren las calles, se apoderan de los sombreros encarnados que hay de muestras en las sombrerías, y en medio de las mas horrendas blasfemias é imprecaciones, los arrojan en el Tíber, no pudiendo hacerlo con los príncipes de la Iglesia, que huyendo de sus puñales, habian abandonado antes á Roma y se hallaban en Gaeta al rededor del vicario de Jesucristo.

La noticia de estos sucesos alarmó á todo el mundo católico. La España y la Francia se dispusieron especialmente á vengarlos. En las cámaras de ambas naciones se escucharon los mas elocuentes discursos á favor de la intervención en aquellos negocios y de la reposición del Santo Padre en sus derechos temporales: tales eran los votos de ambos países, y una la opinión de todos sus representantes religiosos y honrados.

Entre tanto, la revolución en Roma recorria rápidamente todas sus faces. Habia comenzado por un asesinato; una serie de ellos debia seguirse. Se habia hecho huir al Papa de su capita; ésta habia sido igualmente abandonada de todo lo grande y distinguido de ella, y ya el viagero no la visitaba, temeroso de ser envuelto en la maldición que sobre ella pesaba. Roma era una morada de caribes, decimos mal: los caribes son feroces, pero no son ingratos; destruyen á sus vecinos; pero no incendian sus propios aduares. Al principio de la revolución se habian agotado los fondos públicos, se habia cometido el robo sacrílego de la cabeza de San Andrés conservada en un preciosísimo relicario, se habia puesto fuego á una de las puertas del Quirinal; el derroche de los caudales públicos, los robos sacrílegos y los incendios, fueron despues de la salida de Pío

IX, la órden del día de aquella colonia de bandidos (1). Su vandalismo se extendía no solo á despojar las iglesias, los conventos y los monasterios, sino hasta vender por los precios mas ínfimos las obras mas primorosas del arte, ya de la propiedad pública, y ya tambien de los particulares. El sistema de destruccion y aniquilamiento constituia el programa del gobierno provisional, y véase respecto de esto con qué cuisimo expresaba su opinion Sterbini: "El Papa volverá ó no volverá á Roma: si no vuelve, nosotros hemos vencido y pagaremos con los bienes de la Iglesia; pero si volviere, habremos hecho imposible su gobierno (2)."

Por último, Roma era herida por el terrible anatema. Empero su conservacion afectaba todo el orbe, y todo él estaba interesado en su conservacion. La independencia del soberano Pontífice está bajo la salvaguardia de todos los católicos. Roma con sus monumentos levantados, con los tesoros de la Europa entera, Roma centro y cabeza de la cristiandad, pertenece á los cristianos mas que á los romanos mismos. El mundo no debía dejar decapitar la cristiandad, ni contemplar por mucho tiempo errante y fugitivo, ni á merced de nacion alguna determinada, á la cabeza visible de la Iglesia.

La república de la Italia central se proclamó, en fin, declarándose á Roma la capital. La nueva forma de gobierno fué recibida con la alegría, los gritos y demostraciones de los pueblos que se extasiaban al oír el retumbante nombre de república; porque no saben, porque no quieren creer que esta palabra es sinónimo de confusion, de anarquía, de pobreza é infelicidad; porque no se persuaden que destruyendo un trono, que disolviendo la unidad del poder de uno solo, elevan infinitos tronos á despiadados tiranos, y crean inmensos poderes, fuertes para el mal, impotentes para el bien, ineficaces para defender, y solo propios para oprimir y tiranizar. Constantemente no escuchan mas voces que *jadelante! jadelante!* y al volver los ojos solo ven que han caminado *¡atrás! ¡atrás!* Sin embargo, Roma marchaba entusiasmada, por esta senda por antífrasis llamada del progreso. El papado quedaba destituido de hecho y de derecho del gobierno temporal del Estado romano. *Italia y el pueblo* era la enseña de lo presente: no se fijaba la vista en el porvenir; porvenir incierto que no debía ser muy lisonjero á los demagogos.

Los sucesos públicos, que á cada paso tomaban un aspecto alarmante para los revolucionarios, se complicaban mas y mas, y el horizonte de la naciente república romana se enturbiaba á cada momento. Pio IX no oponía á las avanzadas medidas de destruccion que tomaba el gobierno revolucionario de Roma, mas que sus enérgicas protestas en que brilla su amor al pueblo romano, á la par que

(1) Véase la Italia Roja y el Propagador Católico del 16 de Agosto de 1851.

(2) Boulangé, *Rome en 1848, 1849, 1850.*

su justa indignacion por los autores de las desgracias que lo afligen. Entre tanto, la Austria triunfa en la Italia, y tropas francesas al mando del general Oudinot atacan á Roma. La fortuna no habia sido favorable á éstas en los primeros ataques: el empeño de evitar la efusion de sangre, y sobre todo el de consultar á la incolumidad de una ciudad llena de los mas preciosos monumentos de la historia y de las artes, obligó al general francés á no desenvolver todos sus elementos para tomar la ciudad á viva fuerza. Al fin, despues de varios ataques en que se jugó poco la artillería por los motivos expresados, fué asaltada la ciudad el 30 de Junio por la brecha abierta el día 28, y casi solo á la bayoneta se tomaron los puntos principales. Siguió una capitulacion del gobierno provisional, y el 3 de Julio de 1849, en la tarde, el ejército francés fué dueño de Roma, y dos días despues se entregaba el castillo de Santángelo. La revolucion acababa en Roma por los esfuerzos de la Francia: la república romana contaba con que su mayor apoyo seria la república francesa, que se habia formado casi bajo los mismos auspicios. La Providencia, empero, que se burla de los proyectos de los malvados, dispuso lo contrario por los elevados motivos de su infinita sabiduría. No fueron los gobiernos monárquicos los que devolvieron el poder temporal, tan necesario para la independencia de sus funciones, al soberano Pontífice. Esta mision se reservó á una república, y á la república francesa.

Pio IX, sin embargo, no volvió á Roma hasta el 12 de Abril de 1850, es decir, á los diez y siete meses de su destierro. Su entrada á la santa ciudad fué un verdadero triunfo. Las mas vivas aclamaciones, los mas admirables arranques de gozo, de veneracion y de amor, han acogido á su vuelta al augusto soberano, al magnánimo Pontífice, llamado hoy por sus hijos libertados, y restablecido en su trono apostólico por la espada de la Francia. "Vede, pues, dice un periódico extranjero: vede restituido á su poder á ese grande y dulce Pontífice, que desde su advenimiento ha dado tantas muestras de amor paternal á su pueblo; que no fué recompensado de sus beneficios sino por la mas negra ingratitud, y que vuelve hoy triunfante abriendo sus brazos llenos de misericordia á sus hijos, que se arrodillan contritos bajo sus bendiciones. Vede, pues, consumada esa obra de restauracion, que vuelve á poner en su sitio la piedra angular de la cristiandad. Vede restablecida en su honor y en su brillo esa silla apostólica, sin la cual la ciudad eterna no es mas que una guardia de bandidos ó un frío sepulcro. Así es como se realiza, casi sin pensar en ello, una de las mas grandes escenas que ofrece la historia de la Iglesia y de las naciones, uno de los mas grandes ejemplos que jamas se han dado á la fé y á la esperanza de los cristianos, uno de los hechos mas brillantes que el siglo XIX reserva á los recuerdos y á la ensenanza de la posteridad (1)."

(1) *Ami de la Religion* 18 de Abril de 1850.